

COMENTARIOS A MARCUSE

Andrew Feenberg

in: *Ecología Política*, No. 5 (1993), pp. 81-87.

Con este último discurso podemos hacernos una idea de lo que Marcuse fue. La especificidad de la doctrina es menos importante que el tono y el empuje. Marcuse era viejo cuando dio este discurso. La mayoría de nosotros le conoció ya de viejo. Hablaba lentamente, con fuerza, con seriedad e ironía, desde lo profundo de la historia para los que aún no teníamos historia. Esta profundidad era visible en su cara, en su fuerte acento alemán. Un auditorio lleno de jóvenes estudiantes que escuchaban esta acusación poderosa y segura contra el sistema debía sentir la fuerza de un juicio hecho desde esa profundidad, y debía sentir esperanza.

Marcuse no expresaba opiniones personales como lo podemos hacer nosotros: tenía la autoridad de una tradición intelectual y política. Sobre esta base confrontaba inmediatamente el mundo contemporáneo, aunque sus ideas podían parecer chocantes o escandalosas al consenso conformista del establishment y de la izquierda. Y a menudo tenía razón, respecto a la Guerra del Vietnam, la energía nuclear, la bancarrota del socialismo en la Unión Soviética, la grandeza y las limitaciones de la Nueva Izquierda, el declive de la amenaza proletaria al capitalismo, la creciente importancia del feminismo y la ecología.

La idea central del pensamiento de Marcuse aparece de forma clara en este corto discurso: ¿desde qué óptica puede ser juz-

gada una sociedad que ha tenido éxito al alimentar a sus miembros? Sin caer en una mera indignación moral, Marx había medido al capitalismo con referencia a un criterio inmanente, las necesidades insatisfechas de la población, pero este enfoque se colapsa tan pronto como el capitalismo se muestra capaz de repartir los bienes. Entonces las necesidades satisfechas de los individuos legitiman el sistema establecido. El radicalismo significa la oposición, no sólo a los fracasos y deficiencias de este sistema, sino también a sus éxitos.

Hay que ser muy obstinado para persistir en la crítica, pero como Marcuse una vez escribió, «la obstinación [es] una cualidad genuina del pensamiento filosófico»¹. Ser obstinado significa rechazar la reconciliación fácil con la sociedad, mantener un sentido de la realidad basado más en la larga duración del tiempo, en las tensiones profundas, en objetivos mayores que los que hoy reconoce el «post-modernismo» de moda.

Marcuse mantuvo una visión crítica en varios registros. En primer lugar hay algunas realidades duras que no desaparecen: la persistencia de la guerra, el hambre, las catástrofes ecológicas periódicas. En segundo lugar, existe el fracaso estético de la sociedad contemporánea, la contradicción innegable entre su fealdad diaria y los criterios de belleza elaborados durante milenios de labor artística tanto en el arte popular co-

¹ Herbert Marcuse, *Negations: Essays in Critical*

Theory (Boston: Beacon Press, 1968), p. 143.

mo en el arte culto. En tercer lugar existe el hecho también innegable de la manipulación masiva de la consciencia a través de los medios de comunicación de masa y de la ideología consumista. En cuarto lugar existe la evidente demanda de un trabajo creativo y de seguridad en la vida que es inalcanzable para la mayoría de la gente. Finalmente existe la proliferación de signos y síntomas de problemas e insatisfacciones psíquicas bajo la brillante apariencia del éxito. Estos signos y síntomas tienen formas políticas y personales, y de hecho es difícil trazar la diferencia entre ambas formas.

Lo que transforma esta lista de protestas en una acusación al sistema, es la opinión que los beneficios de nuestra sociedad se consiguen a este precio, que estas cuestiones revelan las limitaciones inherentes del capitalismo contemporáneo y no son problemas aislados que pueden ser resueltos uno a uno.

Marcuse dice que esta sociedad tiene el material potencia para «pacificar» la existencia pero mantiene artificialmente la competencia y la violencia como las bases de la dominación y la desigualdad. Como señala en su último discurso: «El fantasma que recorre la sociedad avanzada es la ob-

solescencia de la alienación a tiempo completo». Es más: la lucha política radical hoy consiste en «rebeliones existenciales contra un principio de realidad obsoleto».

El concepto de Marcuse de «obsolescencia» sitúa su crítica históricamente. El juicio revolucionario siempre se ha hecho en futuro anterior, como cuando Saint-Just imaginó lo que la «posteridad fría» *hubiera dicho* sobre la absurdidad de la monarquía. Así Marcuse no sólo se está quejando de un sistema que no le gusta. Se imagina como aparecerá en una mirada retrospectiva en el amplio contexto de valores desarrollados durante los últimos siglos y destinados a realizarse en los siglos futuros. La obsolescencia de este sistema será obvia en este hipotético futuro, justificando la obstinación de los que persisten en las críticas a pesar de los tiempos difíciles.

Con el colapso del comunismo soviético, el último pretexto de oposición historicista al capitalismo ha muerto. No podemos argumentar a favor del cambio, si alguna vez lo hicimos, sobre los logros del «socialismo». Estamos un poco más cerca de un mundo donde sólo hay disponible una oposición de principios como la de Marcuse, cuyo pensamiento nunca ha sido tan relevante como ahora.

Joel Kovel

Es importante que estas palabras de Herbert Marcuse salgan a la luz ahora, cuando pueden fertilizar el movimiento ecologista radical. Marcuse ha estado eclipsado durante algunos años, pero ahora es su oportunidad. Pasó de moda en la izquierda cuando los movimientos contraculturales fracasaron y fueron cooptados, cuando una política de escasez/supervivencia suplantó su política que se basaba en la abundancia. Sin embargo, la actual necesidad de repensar el proyecto socialista desde sus raíces lleva la visión de Marcuse a un nuevo enfoque. Marcuse nunca ha sido irrelevante; pero los sujetos radicales a los que se dirigía su discurso —estudiantes y revolu-

cionarios del Tercer Mundo— no podían llevar la antorcha de la emancipación. Sin embargo la caída de algunas fuerzas no invalida la causa por la que luchaban. La emancipación de la humanidad es un proyecto tan antiguo como la misma historia, y no se para porque un contingente u otro puedan haber vuelto atrás. Es más, encuentra nuevos sujetos en las nuevas coyunturas históricas para seguir la lucha.

Herbert Marcuse fue sobre todo un filósofo de la emancipación, que aumentó nuestra conciencia de las condiciones ontológicas a través de las que la gente podía liberarse a sí misma. Siempre fue fiel al espíritu de Marx, aunque muchos marxistas

de su época le condenaron por heterodoxo. En su marco de referencia Marcuse fue capaz de dar un cimiento filosófico a la política ecológica: las relaciones entre la humanidad y la naturaleza. Marcuse se vuelve actual hoy en día cuando la ecología radical se convierte en el nuevo sujeto revolucionario y lo continuará siendo por la permanencia de la crisis ambiental. Diría incluso que necesitamos el énfasis de Marcuse sobre la emancipación más que nunca, dado que la ecología radical demasiado a menudo ha mostrado una tendencia a la derecha, incluso a degenerar en el fascismo.

El discurso de Marcuse sigue las líneas de su lectura de *Eros y la Civilización* de Freud. Esto añade una dimensión esencial al discurso ecológico. Freud nos abre un camino para hablar del cuerpo como un lugar de experiencia viva — ese cuerpo que es el actual punto de coexistencia entre los mundos humano y natural y que, por tanto, debe ser incluido en cualquier relación emancipada con la naturaleza. Podemos estar seguros que el discurso de Marcuse hubier sido rechazado por Freud y por el establishment psicoanalítico. Como Freud, Marcuse vincula el sujeto humano a la naturaleza al postular la existencia de los «instintos», pero la noción de Marcuse de los instintos es muy distinta de la del psicoanálisis convencional. Mientras que el pensamiento freudiano ve a la humanidad limitada desde abajo por su naturaleza animal, Marcuse ve el instinto como la potencialidad de una naturaleza totalmente humanizada. El instinto no es lo prehumano sino lo que todavía no es humano. Marcuse llega a esto desde las especulaciones metateóricas de Freud sobre Eros y Tanatos, los instinto de vida y muerte en *Más allá del principio de Placer*. Sin embargo, la diferencia con Freud es tan grande que la maniobra debe ser vista principalmente como heurística, una manera de abrirse paso teóricamente dentro del discurso marxista.

La intervención de Marcuse es peculiarmente estratégica, la ecología radical necesita comprender la frontera entre la humanidad y la naturaleza si quiere deshacer la dominación de la naturaleza. Sin embargo, un discurso sobre el instinto, incluso si es

tan espectacularmente radical como el de Marcuse, se queda corto. Al final, su Eros se convierte en una «fuerza de vida» no específica, más allá del ser humano y que arrastra al ser humano hacia sí mismo, es decir, una especie de dios. Incluso hay una especie de cripto-mecanismo implicado por este instinto que de algún modo da energía al sujeto humano. ¿Dónde está el Otro, la intersubjetividad, en Marcuse? ¿Dónde está la fundación de la sociabilidad en este cuerpo, que supuestamente trata de proteger la naturaleza?

Tenemos que entender que el cuerpo ya es naturaleza humanizada plenamente dialéctica. Los seres humanos viven haciendo algunas distinciones entre ellos y la naturaleza: el mismo lenguaje se forma en este espacio como la precondition para la sociabilidad, y da un significado humano al mundo. Tanto el cuerpo, es decir la naturaleza dentro de uno mismo, como la naturaleza externa que no está dentro de uno mismo, están en zonas diferentes. Pero tenemos una elección, ya sea *separarnos* de la naturaleza y hacerla Otra radicalmente — la clásica actitud cartesiana de la que ha crecido el capitalismo, ya sea diferenciarnos a nosotros mismos de la naturaleza, es decir reconocerla en nosotros mismos, como cuerpo, y reconocernos a nosotros mismos en ella, como los que cuidamos la Tierra. La separación caracteriza tanto la visión freudiana del instinto con el id animal o el ego humano, como la visión que niega todos los términos del instinto, y ve a los humanos como contruidos socialmente por completo. Por otro lado, la diferenciación abarca el punto de vista de Marcuse sobre el instinto, en el que la naturaleza y la humanidad se transforman mutuamente, pero añade una dimensión específicamente humana. Así la separación niega su opuesto, mientras que la diferenciación lleva a su opuesto a una dialéctica, preservando la diferencia pero transformando radicalmente la naturaleza y la humanidad. Es un camino muy radical, que requiere la pérdida sistemática de todas las formas de dominación. El final puede ser un ser plenamente humanizado, tan capaz de la emancipación como de conservar la Tierra.

El discurso de Herbert Marcuse al final de los años 1970 articula su visión de la liberación y su sentido de la importancia de la ecología en el proyecto radical. El discurso argumenta que la ecología genuina requiere una transformación de la naturaleza humana, y también la preservación y la protección de la naturaleza externa contra la polución y destrucción del capitalismo y del comunismo de estado. Basa su visión de la liberación humana en la noción de la Escuela de Frankfurt de la inmersión de los seres humanos en la naturaleza. Marcuse creía que hasta que la agresión y la violencia dentro de los seres humanos hubiese disminuido, necesariamente tenía que continuar la destrucción de la naturaleza así como la violencia contra otros seres humanos. En consecuencia Marcuse señaló la importancia de la psicología radical y de la transformación de la naturaleza interior, tanto para preservar la naturaleza externa como para disminuir la violencia en la sociedad.

La visión ecológica de Marcuse se basa en sus reflexiones sobre el Marx temprano. Autor de uno de los primeros análisis de los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx de 1844, Marcuse basó su filosofía en el naturalismo y el humanismo filosóficos¹ de Marx. En la antropología de Marx, recuperada y desarrollada por Marcuse, el ser humano era un ser natural, parte de la naturaleza. Desde este punto de vista, el capitalismo produce una alienación de los seres humanos al separar a los individuos de la actividad variada y al imponerles una división del trabajo capitalista, especializada y simple. Bajo el capitalismo, la vida se organiza en torno al trabajo, en torno a la producción de mercancías para la ganancia privada, y los individuos están obligados a participar en actividades externas, coercitivas y parciales. En contraste con esto, para Marx los humanos son seres complejos con

abundantes necesidades y potencialidades que en el capitalismo se han suprimido. Para Marx el ser humano es tanto un ser individual como social y el capitalismo no permite ni el pleno desarrollo de la individualidad, ni la posibilidad de relaciones diversas sociales y cooperativas, sino que promueve el comportamiento avaro, competitivo y asocial.

Marcuse mantuvo toda su vida esta temprana crítica marxista al capitalismo, centrando el análisis en cómo el capitalismo contemporáneo produce falsas necesidades y reprime tanto la individualidad como la sociabilidad. También mantuvo el temprano concepto de Marx de los seres humanos como seres con deseos, conceptualizando el deseo como una parte de la naturaleza, ejemplificada tanto en el deseo erótico de otros seres humanos como en las necesidades instintivas de libertad y felicidad. Durante el final de la década de 1940 y 1950, Marcuse radicalizó su antropología, incorporando la teoría freudiana del instinto en su visión marxista de la naturaleza, originando una versión freudo-marxista que mantuvo hasta el final de su vida, como es evidente en este texto, «La ecología y la crítica de la sociedad moderna», en la que utiliza la teoría freudiana del instinto para criticar las formas contemporáneas de destrucción del ambiente.

Marcuse simpatizó, aunque no acriticamente, con los movimientos ambientales desde principios de la década de 1970. En un simposium sobre «Ecología y Revolución» en París en 1972, parte del cual fue traducido en el número de septiembre de 1972 de *Liberation*, Marcuse argumentó que la mayoría de grupos militantes del periodo estaban luchando «contra los crímenes de guerra que se cometían contra el pueblo vietnamita», pero también veía la ecología como un componente importante de esta lucha, argumentando que, «la viola-

¹ Herbert Marcuse, «The Foundations of Historical Materialism» en *Studies in Critical Philosophy* (Boston: Beacon Press, 1973), publicado por primera vez en 1932. Discuto este ensayo y otros elementos de

la teoría de Marcuse en *Herbert Marcuse and the Crisis of Marxism* (Londres y Berkeley: Macmillan Press y University of California Press, 1984).

ción de la tierra es un aspecto vital de la contrarrevolución». Para Marcuse, la intervención de los EEUU en Vietnam fue un «ecocidio» contra el ambiente, tanto como un genocidio contra la gente: «Ya no basta con quitar la vida a los que viven ahora; la vida también se niega a aquellos que aun no han nacido al quemar y envenenar de la tierra, al defoliar los bosques, al destruir los diques. Esta locura sangrienta no alterará el curso de la guerra, pero es una clara expresión de donde está el capitalismo contemporáneo: el cruel desgaste de recursos productivos en la metrópolis imperialista va de la mano del cruel desgaste de las fuerzas destructivas y el consumo de mercancías de muerte manufacturadas por la industria de la guerra».

En sus escritos, Marcuse mantuvo consecuentemente el énfasis de la Escuela de Frankfurt sobre la reconciliación con la naturaleza como un componente importante de la liberación humana, y también da importancia a la paz y la armonía entre los seres humanos como objetivo de una sociedad emancipada². Marcuse consecuentemente hizo un llamamiento por un nuevo concepto de socialismo que hiciera de la paz, la alegría, la felicidad, la libertad y la identificación con la naturaleza, los componentes primarios de una sociedad alternativa. Las nuevas instituciones, las relaciones sociales y la cultura pueden hacer posible, en su visión liberadora, el tipo de trabajo no alienado, las relaciones éticas, y la comunidad armoniosa concebida por Fourier y los socialistas utópicos. Entonces la visión liberadora de Marcuse abarcaba también una ecología radical, que criticara implacablemente la destrucción ambiental, así como la destrucción de los seres humanos, y que luchara por una sociedad sin violencia, destrucción y contaminación.

La conferencia sobre ecología publicada aquí, fue presentado en California en una clase sobre la naturaleza silvestre. Marcuse sarcásticamente empezó diciendo que la preservación de la naturaleza silvestre ya no

era un problema, porque el presidente Carter había entregado cerca de treinta y seis millones de acres de tierra silvestre al desarrollo comercial. Esto se aceleró mucho durante la era de Reagan, en la que el Secretario de Interior, James Watt, quería entregar todas la tierras gubernamentales y las reservas silvestres al desarrollo comercial. Si Marcuse hubiera vivido la era de Reagan, estamos seguros que nos habría beneficiado con algunas críticas radicales de esta época monstruosa.

Para Marcuse había una contradicción entre la productividad capitalista y la naturaleza, ya que el capitalismo inevitablemente destruía la naturaleza en su búsqueda de mayores ganancias y de dominación de la naturaleza. La producción capitalista soltaba energías agresivas y destructivas que destruían la vida y contaminan la naturaleza. En este proceso los seres humanos se transforman en herramientas de trabajo y se convierten en instrumentos de destrucción. Al interiorizar los impulsos capitalistas agresivos, competitivos, y destructivos los mismos individuos provocan destrucciones más virulentas del ambiente y de cualquier cosa (individuos, comunidades y naciones) que esté en el camino de su explotación productiva de recursos, gente y mercados.

La relevancia del argumento de Marcuse se pone de manifiesto después del ecocidio y genocidio de la guerra del Golfo Pérsico. Mientras los ecologistas avisaron desde el principio de los desastrosos efectos ambientales de la guerra del Golfo, los científicos del establishment decían que los potenciales derrames o fuegos de petróleo no ocasionaba más que una destrucción regional. Evidentemente Bush y sus «Señores de la Guerra» no incluyeron las restricciones ambientales en su masacre de alta tecnología de la región del Golfo. A finales de enero de 1991, Bush firmó una orden que permitía a los militares no realizar informes de impacto ambiental, requeridos tras la guerra del Vietnam. De aquí en adelante, libre de restricciones, la máquina de guerra de

² Sobre la Escuela de Frankfurt, ver mi libro *Critical Theory, Marxism and Modernity* (Londres y Balti-

more: Polity and Johns Hopkins Press, 1989).

Bush y Schwarzkopf alegremente bombardeó las instalaciones iraquíes de armas nucleares, químicas y biológicas, e intentó destruir la industria petrolera iraquí, causando grandes fuegos en todo Irak; el daño ambiental causado por el bombardeo de la coalición dirigida por los EEUU fue tan severo que la administración Bush prohibió a todas las agencias federales revelar al público cualquier información relativa al daño ambiental. Los EEUU no han facilitado fotos de satélite sobre la región, y han rehusado revelar los efectos del bombardeo sobre la región³.

Así tanto las fuerzas iraquíes como las de los EEUU son responsables del terrorismo ambiental y ambas han cometido actos horribles de destrucción humana y ambiental. De hecho, la misma guerra en la era de alta tecnología es un terrorismo ambiental y un ecocidio que destruye la tierra y aniquila a los seres humanos. Desde esta perspectiva, la masacre de alta tecnología en la

región del Golfo revela la locura del proyecto occidental de dominación de la naturaleza, en el que una máquina militar ve la infraestructura económica y militar así como a la gente de Irak, como objetos de dominación e incluso de destrucción. El holocausto humano y ecológico revela la importancia del argumento de Marcuse que los individuos deben cambiar sus sensibilidades y estructuras instintivas para no poder cometer o tolerar estas atrocidades contra la naturaleza y los seres humanos. La euforia de la destrucción y el amplio apoyo a los crímenes de guerra de EEUU en el Golfo entre la población general muestra hasta que punto ha habido una regresión social durante la hegemonía conservadora de los últimos años, y la necesidad de una reeducación y humanización de la población. El cinismo y el nihilismo «postmodernos» no nos ayudan en estos problemas, así, debemos volver a los pensadores clásicos de la tradición emancipatoria.

C. Fred Alford

En los últimos años no he leído mucho a Marcuse, pero después de leer su conferencia volveré a hacerlo, y no porque crea que la mayoría de cosas que dice sean correctas, ni porque crea que su tesis fundamental, que la naturaleza humana puede ser transformada y recreada de formas radicalmente diferentes, sea correcta. Es más bien porque la simplicidad y el poder de su pensamiento es incluso más impresionante y más importante hoy que antes. Vivimos en un mundo intelectual, al menos en la academia, en el que el valor más alto es expresarse como si uno fuera listo, en que los textos se refieren sólo a sólo a otros textos, nunca al mundo, y la crítica es substituida por la imitación cínica de la unidimensionalidad

de la sociedad industrial avanzada (por ejemplo la «hiperrealidad» de Baudrillard). Por desgracia, estos enfoques se han identificado con un tipo de radicalismo intelectual, como si el radicalismo no tuviera nada que ver con el análisis radical de la sociedad realmente existente. «La ecología y la crítica de la sociedad moderna» de Marcuse es por tanto una bocanada de aire fresco.

Es más, yo mismo me siento atraído por el que actualmente es el concepto más problemático de Marcuse: una base instintiva para el socialismo en las demandas de Eros. Marcuse recurre a Eros como una alternativa a la historia, una historia en la cual el proletariado no ha cumplido su papel revolucionario. Es decir, Eros reemplaza al pro-

³ Eventualmente, los saudíes admitían que la coalición bombardeadora, produjo al menos el 30 por ciento de los derramamientos de petróleo y cerca del cincuenta de los fuegos. Ver mi libro, *The Persian Gulf TV War* (Boulder, CO: Westview Press, 1992) en

el que están las campañas de propaganda y desinformación por las que la administración Bush consintió la movilización de su masacre de alta tecnología y escondió sus crímenes con propaganda y mentiras.

letariado como sujeto de la revolución. Esto ayuda a explicar porqué Marcuse trata de interpretar el Eros históricamente («no existe una naturaleza humana inmutable»), y al mismo tiempo lo saca de la historia — una tarea contradictoria, como mínimo. Marcuse quiere decir que la sociedad está tan profundamente interiorizada en los seres humanos que puede manipular y explotar las necesidades instintivas humanas más profundas. Por supuesto, la sociedad siempre ha hecho esto, pero nunca con la efectividad de la sociedad industrial avanzada, que no ha tropezado con ninguna necesidad emancipatoria que no sea capaz de explotar. Sin embargo, si Eros no es más que una creación de la historia, entonces pierde su gran virtud revolucionaria: su demanda insaciable (para Eros, nunca hay demasiada satisfacción), al igual que su deseo de una plenitud real y genuina ahora y por siempre. Estas virtudes son las que mantienen a Eros inmune a las intrusiones de la historia, y a las falsas promesas de la sociedad capitalista, y que convierten a Eros en una fuerza revolucionaria tan potente y permanente, incluso en su exilio, por así decir, dentro del cuerpo alienado y de la mente unidimensional.

No creo que Marcuse resolviera nunca este dilema: hacer a Eros histórico, para que pueda ser liberado por cambios en la tecnología, la división del trabajo y la sociedad, es arriesgar su potencial emancipatorio, que descansa en su inmunidad contra las influencias sociales. «La ecología y la crítica de la sociedad moderna» no me da ningún motivo para alterar este juicio. Sin embargo, si Marcuse no resolvió este dile-

ma, siguió hasta el final trabajando en el espacio creado por él: una consideración de la naturaleza humana que aprecia que esta naturaleza es siempre potencialmente más que lo que históricamente aparenta ser. Este espacio es tremendamente fructífero. Eros no puede ser el principio organizador de la sociedad sino que señala al cuerpo sus posibilidades en la historia; más que la promesa utópica inherente en Eros nos interesa su valor en el aquí y ahora para recordarnos la realidad fundamental del deseo humano de paz, alegría y felicidad. Nada es más importante y valioso que esto, lo cual no significa que estas cosas no existan en grados intermedios, pero a Marcuse le daba rabia que en muchas vidas hubiera tan poca paz, alegría y felicidad, y eso le llevo a formular la cuestión de todo o nada, como si miles de millones de personas no tuvieran nada que perder. Tenemos que ser cuidadosos con esta conclusión, por lo menos por que es mejor tener más paz, alegría y felicidad que menos. Además, mientras atributos como la verdad, justicia y razón a veces parecen tener una realidad independiente de su realidad material en los humanos individuales, la paz, la alegría y la felicidad no la tienen. Son sólo la paz, la alegría y la felicidad de los individuos lo que tiene sentido, aunque la búsqueda de estos valores sea colectiva. Marcuse dice lo mismo en «On Hedonism»¹. La felicidad es un atributo de los individuos. Si la teoría social puede recordar esto, no estará tan dispuesta a sacrificar a los individuos a la historia o a las ideas. Este es el gran valor de Eros en el proyecto de Marcuse, que este sacrificio sea menos probable.

¹ «On Hedonism» en Herbert Marcuse, *Negations: Essays in Critical Theory* (Boston: Beacon Press, 1968).